

La Palma.

SEMANARIO DE HISTORIA Y LITERATURA.

DOMINGO 31 DE ENERO DE 1841.

MANZONI.

I promessi sposi.

«Así por instinto como por raciocinio, dice Mr. Lamartine en su prólogo de *Jocelin*, conocemos que ha pasado el tiempo de las epopeyas heroicas. Esta forma poética de la infancia de los pueblos solo se conserva, mientras la crítica no existe todavía, mientras los poetas, durante la confusión entre la historia y la fábula, entre la imaginación y la verdad, son los cronistas de los portentos de las naciones. Entónces los pueblos que para nacer y elevarse necesitan de la tutela de los héroes y hombres ilustres, vinculan sus recuerdos y gratitud á los poderosos individuos á quienes deben su libertad ó civilización, y consagran su memoria en cantos populares que mas tarde se convierten en poemas escritos. La epopeya es entónces heroica é individual. Pero mas adelante desaparecen los individuos ú obran como en el dia con toda su realidad en el drama de la historia, donde debe buscárselos únicamente. Tan rápido es el movimiento de cosas, tantos los personajes que llama á la escena el drama de la historia, tan escrupulosa la sagacidad que ejerce la crítica sobre esos actores, que el prestigio de la imaginación muy pronto se destruye, y solo resta á los grandes hombres el de su genio ó el de su poder. Los hombres no toman tanto interes por los individuos, y

solo los miran por lo que son realmente, medios ú obstáculos para la obra universal; el género humano solo puede ya interesarse por sí mismo. La poesía recobra de la verdad el culto que debió á la fábula un tiempo, su religiosidad de la razon, su popularidad de la filosofía. La epopeya no es ya nacional ni heroica, es mas todavía, es humanitaria.»

«¿Cuál será pues la materia épica apropiada á la época, á las costumbres, al porvenir; que permita al poeta ser á la vez local y universal, maravilloso y verdadero, inmenso y uno? Esta materia se presenta por sí misma, y no hay otra que escoger; es la humanidad, el destino del hombre, las fases que el espíritu humano debe recorrer para llegar á su fin por los caminos de Dios.»

En efecto, el hombre moral abstractamente considerado, el hombre estudiado en todas sus situaciones, circunstancias, relaciones, y afectos es el objeto universal así de las investigaciones del entendimiento como de las creaciones de la fantasía; y su destino el problema que todos intentan resolver á la luz de sus creencias ó entre las sombras del escepticismo. En el nuevo sistema literario el corazón humano ha sido colocado en el centro como rey de la creación al rededor del cual giran todos los demas objetos, que él solo vivifica con su luz, reflejando sobre ellos un puro y brillante esplendor, ó un sombrío y rojo tinte, segun su estado ó naturaleza. Sin embargo el hombre está harto penetrado de su propia individualidad para po-

der observar á los demas, y despojarse de lo que hay en él de personal con el fin de encontrar lo que tiene con los otros de comun, asi como no suele uno ver en sus deudos aquella semejanza y rasgos de familia que tan fácilmente distinguen los estraños. No es tan fácil como parece escoger lo que hay de general entre las vicisitudes de la vida, lo que hay de interesante en la variedad de caracteres, lo que hay en los sentimientos de bello, es decir, verdadero. El mismo autor de las reflexiones que encabezan este artículo y que tan bien ha conocido las exigencias de la época, no ha podido satisfacerlas, al intentar escribir una página, como dice, del inmenso poema de la vida humana, porque su *Jocelin* nada tiene ni de humanitario, ni de interesante, ni de verdadero.

Lo que Lamartine se propuso, Manzoni lo ha cumplido. Una sociedad entera pintada en sus diversas fases de sosiego y alteracion, la vida de los campos y el tumulto de las ciudades, y entre la mezcla de negocios públicos y particulares, de injusticias y de virtudes, de nobles sacerdotes, artesanos, y de todo género de hombres en su diverso estado y condicion, entre los horrores del hambre, los temores de la guerra, y los estragos de la peste, una inocente pareja de sencillos aldeanos que atraviesa por todos esos cuadros distintos, y sobre cuya suerte influyen variamente estos sucesos, hasta alcanzar su union á fuerza de purificaciones, tal es el asunto de *I promessi sposi*. Hasta ahora se habia creído que la vida comun no era á propósito para interesar, y que de tantos actos y situaciones del hombre solo podian pasar á los libros algunas que se llamaban convencionalmente nobles: Manzoni ha probado lo contrario. Tan exajerada y facticia se habia vuelto la literatura que merece elogios el que la ha acercado á la realidad; á los imitadores que sin duda producirá su libro, toca no hacerla degenerar en harto fría y vulgar, de modo que sea precisa otra reaccion para volverla á la poesia.

Habíase tambien creído que en un libro era menester acelerar los sucesos, aproximar los

contrastes, complicar las situaciones, resaltar los caracteres, y que en suma los hombres creaciones de la imaginacion mejores que los hombres creaciones de Dios debian vivir en un pais intermedio entre el cielo y la tierra. Manzoni ha dejado su obra crecer y desarrollarse al aire libre á merced del calor del sol y de la fecundidad de la naturaleza mas bien que encerrarla en un invernáculo, ó pulirla como un árbol de jardin, y ha pensado que los frutos brillaban mejor asomados de trecho en trecho entre el espeso follaje que apiñados sobre el desnudo tronco. Los sucesos vienen en ella lentos, preparados, sencillos, como suelen en la vida; los caracteres naturales con toda su mezcla de fuerza y debilidad, de bien y de mal, que realmente se observa; desenlace apenas lo hay, pues raras veces se encuentra en la realidad en que todo se encadena y se complica. A cada personaje se esclama: *yo lo conocí*, á cada situacion, *la he sentido*. Cuanta fuerza de estudio y de imaginacion no se necesita para escitar de tal modo los recuerdos y el corazon, que parece contar cuando inventa, describir cuando imagina!

Sin embargo estos cuadros si no los animara un mismo pensamiento no fueran mas que un cuerpo sin vida ó paisajes sin color, y el gran drama de la vida humana aislado de su naturaleza y destino, pareciera una muda pantomima sin objeto ni sentido; pero bajo el punto de vista moral y religioso es que la obra de Manzoni principalmente se recomienda. Desde la primera página, se siente á la Providencia invisible pero vigilante cerniéndose sobre la historia entera, y obrando no por medios súbitos y estrepitosos, sino preparados, sucesivos, ordinarios como la naturaleza, porque no tiene necesidad de recursos que llamamos maravillosos para ser una maravilla. Y si en algunos instrumentos humanos pudiera encarnarse la Providencia, en ningunos mejor que en el arzobispo Federico y en el padre Cristóbal modelada cada uno segun su deber y gerarquía, aquel con toda la dignidad y beneficencia de un monarca, este con el entusiasmo y energía de un

soldado; en ninguno mejor que en el *Innomi-*
nato tan grande ya en el vicio cuanto más en
 su conversión, único personaje á quien ha da-
 do el autor un tinte vago y misterioso como
 temiendo que tanta grandeza no hallase tipo en
 la humanidad. Tan dignamente hace aparecer
 en la escena á los sacerdotes, tanta la sublimi-
 dad y heroísmo que en ellos encierra, que á fin
 de que no se creyese su obra un panegírico ó
 idealización del estado sacerdotal, ha puesto á
 su lado al cura D. Abundio, tímido, siempre
 quejoso, pobre, egoísta que cree llevar sobre
 sus espaldas el peso de todas las desgracias del
 mundo, que representa al hombre en su esta-
 do de inercia, y que fuera sin embargo un
 hombre de bien, si no estuviera elevado á una
 posición en la cual son deberes los mas altos
 grados de desprendimiento y sacrificio. Aun en
 aquellos caracteres que no tienen por teatro
 mas que las escenas domésticas, y en que no
 destacan mas que virtudes y defectos comunes
 se descubre una ingenuidad y buena fé en-
 cantadora, que apenas conocidos nos los ha-
 ce mirar como amigos y comensales perpé-
 tuos. Sin hablar del joven Lorenzo héroe prin-
 cipal ¿quién olvidará los chismes de la bue-
 na Ines madre de la novia, las riñas del cura
 con su Perpetua, el embarazo del sastre de lu-
 gar al visitarle el arzobispo, y cuantas situacio-
 nes y cuantos personajes en fin contiene la obra?
 porque en ella no aparecen á guisa de coristas
 en una ópera, ó de pueblo en un drama, esos
 cuerpos de hombres sin vida ni carácter, sino
 que todos aunque en tercer ó cuarto términos,
 aunque confusos entre la turba se dibujan con
 su propia fisonomía, por mas que solo les con-
 sagre dos pinceladas. Pero hay todavía otra fi-
 gura, otra creación que destaca entre las de-
 mas por su blancura y pureza, y si un artista
 pudiera aun enamorarse de su propia obra,
 como Pigmalion, diríamos que Manzoni lo verifi-
 cara con Lucia. Esta inocente virgen virtuosa sin
 saberlo, siempre tierna y resignada, sin una pala-
 bra de amor en sus mas castos afectos, ni una de
 queja en sus mas crueles angustias, acusándose en
 medio de su candor, es la realización de esas vir-

genes de Rafael, de esas mugeres bajadas del cielo,
 de esos *ángeles desterrados*, (expresión román-
 tica que entre paréntesis ni teológica ni poéti-
 camente comprendemos á no ser que se refiera
 á Luzbel.) Lo que tantos años se ha soñado
 en aéreas regiones lo muestra nuestro autor en
 una sencilla aldeana del Milanesado, y á pesar
 de la suavidad de sus contornos, y de la blan-
 dura de sus toques en que se ha esmerado con
 singular complacencia, le agradecemos que de-
 jándole la forma humana, nos la haya hecho
 creer realidad mas bien que sueño, ménos án-
 gel que muger.

Lamartine intentó pintar un ángel en su *Lo-*
renza del Jocelin, y ha encontrado muchas y
 muy bellas variantes para repetirlo á cada pá-
 gina; pero aquí ha parado todo: en cuanto á
 Lorenza no es en sí mas que una doncella en-
 tregada á líricos raptos en la soledad, adoran-
 do á Dios en la naturaleza y mejor en su ama-
 do, que á la primera gota de hiel arroja el ca-
 liz, sublévase contra la Providencia, se entre-
 ga cual frenética bacante á los desórdenes y al
 crimen, y muere protestando en cierto modo
 sacrílegamente su inocencia. Si no queria el au-
 tor llamarla con su verdadero nombre de pros-
 tituta, entre este y el de ángel hay muchos in-
 termedios, tantos como hay de Lucia á Loren-
 za. Léanse las dos escenas semejantes que hay
 en las dos obras, aquella en que Renzo encuen-
 tra á su desposada despues que esta ha pronun-
 ciado su voto de virginidad, y aquella en que
 Lorenza vé á Jocelin consagrado á los altares:
 la situación es la misma, pero en las quejas, en
 las respuestas, en los sentimientos ¿cuan diferen-
 te se muestra el verdadero catolicismo del nue-
 vo romanticismo religioso. Yo no sé si prefiriera
 Dios las humildes y toscas oraciones de Renzo
 á los entusiastas himnos del cura de Valneige,
 á sus inspiraciones sobre el Neo-Cristianismo,
 y á sus invectivas contra Roma? ¿Y qué dire-
 mos cuando el pastor del pueblo pasa la noche
 bajo los balcones de una infamada muger? Oh!
 entónces Jocelin nos parece poco distante de
 Claudio Frollo, pero su Lorenza no es alménos
 tan interesante y candorosa como la Esmeral-

da. Leidas las Meditaciones y Armonías de Lamartine, y los primeros cantos de *Jocelin* en que respira un sentimiento verdaderamente religioso, no hay mas que llamar á este poema *La caída de un ángel*, aplicando este título al autor.

Manzoni por el contrario sin pretension, ni esfuerzo aparente, sin una palabra de encomio ni invectiva ha hecho amar la virtud y odiar el vicio por sí mismos, impasible como la historia que solo cuenta porque ha sucedido, severo y escrutador como el ojo de Dios. Severo hasta hacer espiar á Renzo con una azarosa huida y largo destierro un momento de inocente embriaguez, y castigar á los dos esposos en su tentativa de sorprender al cura con amargas penalidades; escrutador, hasta encontrar algun resto de espíritus guerreros en el padre Cristóbal, algun lunar en el ejemplarísimo arzobispo, y en el buen marques que servia á los aldeanos en la mesa, no bastante humildad para igualarse con ellos comiendo juntamente; hace amar con todo á los hombres mas que si los divinizara, mostrando lo que tienen que perdonarse. Escepto la historia de la monja de Monza que no quisiéramos ver en aquel libro, no porque no sea moral y literariamente bella, sino por producir una mezcla de compasion y horror nada acorde con el colorido general; ni los desórdenes del hambriento populacho, ni los vínculos de sociedad rotos por la peste asoladora, ni el mal genio de la historia D. Rodrigo, ni la comitiva de bravos, inspiran odio ni desprecio contra la humanidad, porque en toda la obra domina un tono cómico que participa singularmente de malignidad y benevolencia; diríase que la superioridad del autor le dá derecho para lo primero, y que su naturaleza le predispone á lo segundo. Para conocer cuanto influye la diversidad del colorido sin alterar la sustancia del cuadro, véase la misma sociedad, los mismos sucesos muchas veces en *Nuestra Señora de Paris*, libro de la fatalidad, asi como *I promessi sposi* lo es de la Providencia, y único de los modernos que en el mérito de generalidad puede competir con el italiano. Lo

que deleita en Manzoni, aterra en Victor Hugo; en uno es amable ironía lo que en otro sarcasmo terrible. No sentenciarémos entre los dos, porque entrambos sentimientos de horror y de indulgencia pueden nacer de un alma recta y virtuosa, y no está decidido el litigio todavía entre Democrito y Heraclito si es mejor lamentarse ó reir de las miserias del mundo.

Pero apesar del objeto universal y de la intencion generalizadora de *I promessi sposi*, no descuida el autor los caracteres nacionales de las personas en que ha concretado su pensamiento, ni el colorido local de la escena que ha escogido; de modo que la Italia puede reclamar con justicia aquel monumento, y sus creaciones y pinturas serán tan populares en aquel pais y tan proverbiales sus espresiones, como fueron y serán las del Quijote para nuestra España. Y no se diga que es tan vasta nuestra erudicion que caiga en su competencia juzgar si son aquellas realmente las costumbres del Milanésado, mucho mas por los años de 1628; pues creemos que en esto como en otras muchas cosas adivina mas el instinto que la ciencia, porque existen en nuestra imaginacion tipos innatos de todas épocas y paises que no es preciso ir comprobando á cada paso con pergaminos y ruinas; y el poeta que no siempre es erudito, y el erudito que raras veces es buen juez en literatura, son entre sí como el pintor que dibuja una planta, y el botánico que la analiza y disecca. No se caracteriza allí menos exactamente el estado intelectual de la época, sin que las ciencias modernas en sus adelantos dejen de iluminarlo con sus reflejos; y entre la sencillez y candor de escenas caseras y diálogos familiares sorprende hallar observaciones que se escaparan al mas perspicaz moralista, rasgos y pinturas que honraran al historiador mas profundo, principios y miras elevadas dignas del político y hombre de estado mas eminente. En los cuadros del hambre y de la peste brillan singularmente á la par el estudio y el talento, en las copiosas observaciones con que Manzoni bajo todos los aspectos desde el poético hasta el económico considera estas dos grandes cala-

midades, estos dos estados excepcionales de la sociedad; observaciones que algunos hallarán quizá difusas y pesadas, así como hallan superfluas y estemporáneas las reflexiones arquitectónicas de Nuestra Señora de Paris, y frías y verbosas las novelas de Walter Scott.

En las descripciones, lo mismo que hemos dicho de las situaciones, no va el autor á escoger, pasando esquivamente sobre unas y deteniéndose en otras con complacencia, ni acude á aquella especie de repuesto en que están clasificadas toda suerte de pinturas adonde se acude en caso de necesidad; nada de cuanto se le presenta en su camino cree indigno de su pincel, haciéndolo con tan esmerada negligencia que si no lo pinta mejor es porque no lo hizo la naturaleza, y no se muestra ingrato con la menor partecilla de esta máquina destinada en todo á los goces materiales ó espirituales del hombre. En pocos libros hemos sentido mas vivamente las impresiones del cielo y de los campos, y comprendido mejor el misterioso cambio de sensaciones y sentimientos con que la naturaleza se corresponde con sus hijos. Qué consonancia guarda con el adios inocente y melancólico de Lucía aquella noche en que la luna brilla tan clara sobre los campos y aldeas que dejan nuestros fugitivos, y en que apenas se escucha el murmullo de las olas del lago que espiran en la ribera, ó se rompen mas léjos en los pilares del puente, y los golpes compasados de los remos de la barquilla en que navegan! Como participa el lector del cansancio y de los temores del proscrito Renzo en aquella noche medrosa de sutil y helada brisa, de fúnebres ahullidos de perros, en la que las plantas tomen aspectos estraños y deformes, en que asusta el rumor de las secas hojas que pisa, y la sombra de las ramas que tiembla sobre la senda iluminada por la luna, hasta que se deja oír el murmullo lento y solemne del Adda como la voz del amigo que le anuncia su salvacion! Como pesa sobre el alma aquella densa y baja atmósfera en que el disco pálido del sol llueve un calor muerto, en que resuena por los aires un murmullo de truenos, vago, interrumpido; horas solemnes en que entre una comitiva de

caminantes no hay quien rompa el silencio, el cazador camina pensativo con los ojos en el suelo, la aldeana cesa en su canto sin notarlo, y la naturaleza inmóvil afuera y como agitada de dolores internos parece oprimir todo viviente; y esta atmósfera cubre un lazareto de miles de apestados, y los hace empeorar precipitadamente, dándoles una agonía mas dolorosa con gemidos mas sofocados.

Madama Stael hablando de Klopstock ha dicho que si hubiese santos en literatura, este sería sin duda el autor de la Mesíada; aplicaremos esto á Manzoni sino por la materia de su obra, alménos por el efecto que produce, porque *I promessi sposi* es tanto un buen libro como una buena accion. Prescindiendo de las historias del padre Cristóbal y del Innominato, cuyo objeto es de suyo religioso, y que producirán mas efecto que todos los tratados de moral sobre el engrandecimiento de la humildad y la conversion del pecador, jamas la virtud ha hecho conocer mejor su superioridad, la religion sus dulzuras. la providencia sus consuelos. Libro semejante al arpa de David en su prestigio para calmar, durante cuya lectura la sonrisa habita siempre en los lábios, y un bálsamo en el corazon, puede llamársele con razon lo que á los otros libros desde tanto tiempo y casi siempre vanamente, amigo en los pesares y compañero en la soledad. Libro de sencillez y profundidad admirable, por el cual un niño pudiera aprender á leer, y en el que un filósofo pudiera meditar; libro de vasta estension que segun la perspicacia de la vista del espectador ó la altura desde que mira, le presenta un horizonte mas ó ménos estenso pero siempre bello y despejado. ¿Y por qué los buenos libros no han de ser populares como el Evangelio, y universales para todos los estados y comprensiones? porqué la bondad literaria no ha de ser como la bondad de la naturaleza, madre universal que reparte á todos sus dones y ostenta sus tesoros en que cada uno disfruta mas ó ménos, segun su genio ó atencion? porqué el nombre de un gran ingenio, no ha de ser como el nombre de Dios que habucean á un tiempo los ángeles y los niños? — J. M. Q.

El Bandido.

(Conclusión.)

III.

Días pasaban y días
En su carrera veloz,
Y allende las cercanías
Llegaban las correrías
Del asesino feroz.

Y no léjos de un santuario
En las breñas escondido,
Lugarejo solitario,
Resonaban de ordinario
Las pisadas del bandido.

De espeso bosque á la orilla
Aislada se elevaba
Una mísera casilla,
Que, natural de otra villa,
Pobre muger habitaba.

Y quién esta muger era
De misterioso semblante?
Parecia aventurera,
Que cautivar allí espera
Las miradas de un amante.

Es esbelto su contorno,
Su mirar es amoroso,
Con mas aseo que adorno
Vestir suele, y de ella en torno
Madre no vive ni esposo.

Algunos la tributaron
Un homenaje fatal,
Y pronto se retiraron
Porque al bandido observaron
Que se alzaba su rival.

De la fama conducido
Verla pudo, y desde luego
Quedó á su vista rendido
Y en su pecho endurecido
Chispas brotaron de fuego,

Y amó el hombre que en su vida
Ningun amor conociera;
La bella desconocida
Victoria logró cumplida
Con su mirada hechizera.

La sonrisa con que baña
Sus palabras de cariño
Hizo deponer la saña
Al terror de la montaña
Y humillarle cual un niño.

Y el que instantes de placer
Solo debía al pavor,
De amor deliraba al ver
Los ojos de una muger
Fijos en él sin horror.

Y no era ya el asesino
El de la mirada torva,
Que mata cual peregrino
Que aparta de su camino
La maleza que le estorba.

No era el tigre ya, hombre era
Que arder sentia en su alma
Pasiones que no sintiera,
Cual si á la vida saliera
Del sepulcro de su calma.

Y entónces aquella vida
Era amada con ardor,
Porque estaba embellecida,
Que tenia una querida
Y esperaba su favor.

Y gozar pronto creía
Sus deleitosos abrazos
Que su bella le decia:
Ah! cuanto mi pecho ansía
Estrecharte con mis brazos.

Tal vez femenil sollozo
Resbalaba en sus halagos,
Y el bandido en su alborozo
No sospechaba en el gozo
De algun pesar los estragos.

Y nunca pudo advertir
Un lastimoso quejido
Que pugnaba por salir;
Y ella le hacia morir
En sus lábios suspendido.

IV.

Noche era de regocijo
En el mísero casucho
Dó la graciosa estrangera
Rústico baile dispuso.
Las doncellas del contorno
Aquí vienen sin mas lujo,

Que sus delantales limpios,
 Y sus rebocinos lucios.
 A sus lados los galanes,
 A quienes tal suerte cupo
 Mas que por finos y tiernos
 Por diligentes ó astutos,
 Con sus huecas cabelleras
 Entorno al cuello desnudo,
 Y sus sombreros con cintas
 Y sayos de paño burdo:
 En pos de ellos van las madres
 Y tal cual hombre maduro
 De los jóvenes la dicha
 Mirando con ojos turbios.
 También allí se reúnen
 Con sus instrumentos músicos
 Los niños que en el colegio
 Se dedican á ese estudio.
 También acude el bandido
 Y al pasar entre el concurso
 Ancha senda se le abre:
 Enmudece aquel barullo.
 Apenas responde el eco
 A imperceptibles saludos:
 La bulla se desvanece,
 Los semblantes quedan mustios.
 Ella empero le recibe
 Mostrando inefable gusto
 Y en el extremo de un banco
 Se colocan de consuno.
 Apoyadas las espaldas
 Al mal jabelgado muro
 Les separa un buen vacío
 Del animado concurso.
 El tiene su blanca mano
 Entre sus dedos parduzcos
 Y con ella juguetea
 Y la enlaza y forma nudos;
 Y en aquel tiempo en que pasan
 Las horas como minutos
 Fingenle todo el deleite
 Sus razonamientos mútuos.
 Ya no oye el templar prolijo
 Ni el insonoro preludio
 Ni de los toscos violines
 Los sonidos mas agudos.
 Ni el veloz castañeteo
 Ni los acordes insulsos
 De guitarras que rasgúan
 Labradores no muy duchos.
 Ya no oye el rumor que eleva
 El chillador contrapunto,
 Ni de tantos pies que brincan
 El movimiento confuso.

Porque solo hay un sonido
 Que hasta su alma llegue. Es mo
 El ser que de voz disfruta:
 Los demas para él son mudos.

Y cuales son los coloquios
 De aquel aislado grupo?
 Qué palabras se deslizan
 De su apacible murmullo?
 —Mateo, y esto rehusas?
 —Sí, imposible! lo rehuso.
 —Y yo que te amaba tanto!
 —Eres mi dueño absoluto.
 Pero... mi puñal!... mi amigo!
 —Por qué has de traerlo oculto?
 No sabes que me da miedo?
 Déjalo, dame ese gusto.
 Y por qué no me has de darlo?
 Hay aquí enemigos tuyos?
 En mi casa, y á mi lado
 Acaso no estás seguro?
 Oh! déjalo, y bailaremos,
 Bailaremos los dos juntos,
 Y esta noche con mis brazos
 Que he de ceñirte yo juro.

Y cómo era ya posible,
 Que resistiese al conjuro
 De la muger que le hechiza
 Con su fatídico influjo?
 Un rato el bandido queda
 Cabiloso, taciturno,
 Y al fin su puñal temible
 Como vencido depuso.
 Sobre un bufete de pino
 Dejó el acero desnudo,
 Y su brillo todavía
 Espanto causaba al vulgo.

Sale á danzar la pareja,
 Y luego como al descuido
 Va ensanchándose el espacio,
 Y apiñándose el concurso.
 Y chillan los instrumentos,
 Y ella ufana de su triunfo,
 Con voz baja, interrumpida,
 Comienza extraño discurso:
 —No es verdad que me profesas,
 Mateo, un amor profundo?
 No es verdad que yo no debo
 Secretos tenerte ocultos?
 Yo soy viuda ya, tan joven!
 Y dejéme mi difunto
 Un niño cual sol hermoso,
 Blanco el rostro, el pelo rubio

Y yo le amaba cual aman
 Las madres sus hijos únicos:
 Yo le amaba, y no tenia
 Otro amor en este mundo.
 Si Dios me le hubiese muerto...
 Oh! no es posible. El es justo,
 Y no arranca á una madre
 Todo el bien que darle plugo.
 Un hombre fué; oyes Mateo?
 Un hombre tan cruel, que pudo
 Causar á una pobre madre
 Tan atroces infortunios.
 Esto diciendo su cara
 Toma un aspecto ceñudo,
 Sus dientes castañetean,
 Estan sus lábios convulsos.
 Y chispas de luz horrible
 De sus ojos furibundos
 Saltan á los de su amante,
 Que brillan como carbunclos.
 —Nó, no quiero perdonarle:
 Ha de ser mi gozo sumo
 Ver arrojado su cuerpo
 En un muladar inmundo.
 Oh! y he de reir entónces,
 Y sobre su hediondo surco
 Horrorosas maldiciones
 He de lanzar amenudo.
 ¿No es verdad que la venganza
 Es un deseo muy justo?
 Tengo sed de aquella sangre.
 —La beberás; te lo juro.
 Acuérdate ya el amante
 Que bandido fué sañudo:
 Una ráfaga sombría
 Cruza su semblante adusto,
 Y añade: Cuantas cabezas
 Quieres? señala su número;
 Que allí está un puñal terrible,
 Y aquí mi brazo nervudo.
 —Una basta.—Cuál?—La tuya.
 Tú, tú eres el que yo busco.
 Vuélveme, asesino! vuélveme
 De mis entrañas el fruto.

Al resonar en la estancia
 De asesino el grito agudo,
 El baile de la comarca
 Allí se presenta súbito:
 Alto al Rey, esclama; y luego
 Sucede un leve murmullo,
 Para la ruidosa fiesta,
 Queda el bandido confuso.
 Al momento en sus espaldas
 Siente el roce de un trabuco,

Y se mira rodeado
 De los mozos mas forzudos.
 En *Rotget*, prorampe un grito
 Al que responden al punto
 El terror y la algazara,
 El espanto y el tumulto,
 El grito de los monteros
 Cuando el lobo colmilludo
 En las redes ha caido
 Que le han preparado astutos.
 El desmayo en las mugeres,
 En los hombres el apuro,
 La amarillez en sus rostros
 Y en sus entrañas el susto.

Esto era un horrible sueño
 Para aquel amante iluso;
 Un recuerdo le despierta
 Y, traicion! clama iracundo.
 A su puñal, á su amigo
 Alarga el brazo robusto;
 Mas ella sobre él se arroja
 Con un movimiento brusco
 Y le ciñe como sierpe
 Que se enrosca en un arbusto
 Y le muerde con sus dientes.
 Y con frenético impulso
 Asesino! le repite
 Oh! vuélveme mi hijo al punto.

Rotget podia estrujarla
 Con solo mover sus puños;
 Pero absorto la contempla
 Sin hacerle mal alguno
 Tal vez en aquel abrazo:
 Percibe un deleite impuro
 Y es su amor chispa perdida
 Entre una nube de humo,
 Y vuelve á su ser antiguo,
 Vuelve á su mirar estúpido,
 Sin dolor por su pasado,
 Sin temor por su futuro,
 Y se deleita un instante
 Con aquel estrecho ñudo
 A que ha de seguirse pronto
 El abrazo del verdugo.

T. AGUILÓ.

PALMA DE MALLORCA.

Imprenta nacional á cargo de D. Juan Guasp.